

Respecto de Austria se debieron hacer aberturas de la misma clase y con no menos prudencia. No eran tan grandes los tropiezos en Viena como en Constantinopla, pues el matrimonio había unido á las dos córtes y á los dos pueblos, y el alumbramiento de la emperatriz María Luisa, que se aguardaba de un día á otro, facilitaría aun mas la intimidad completa, y sobre todo si era varon el que naciera. Napoleon habia despedido á Mr. de Metternich á Viena con la carta mas amistosa para su suegro, y con la renuncia al artículo mas importante del último tratado que limitaba á ciento cincuenta mil hombres el ejército de Austria, lo cual era una muestra de confianza y un signo muy marcado de afecto. Además Mr. de Schwarzenberg habia hecho algunas insinuaciones de que se podía inferir la posibilidad de una alianza. Abandonando Napoleon la alianza rusa tan pronto como en Tilsit la contrajo, ordenó á Mr. Otto que en sus conferencias con Mr. de Metternich figurara no comprender lo que deseaba la Rusia; se mostrara incomodado, fatigado del espíritu inquieto, inconstante, ambicioso de esta córte; espresara un vivo sentimiento con motivo de las provincias danubianas que habia empeño en abandonar á los rusos; y añadiera que, ya que un matrimonio unía á las dos córtes de Schoenbrum y de las Tullerías, y ya que parecia que iba á nacer un heredero de este enlace, llegado era el caso de no sacrificar el Oriente de Europa á odios extinguidos por dicha entre Francia y Austria. Estas aberturas debian ser hechas con mesura, muy despacio, por medio de palabras sueltas y que no se harian significativas del todo interin los representantes de Austria

en Paris y en Viena no manifestaran deseos de entenderse mas de plano. Respecto de la legacion rusa en Viena se recomendaban á Mr. Otto sumo secreto y grandes consideraciones.

Imposible era que tantos movimientos militares, tantos regiros diplomáticos fueran por largo tiempo un arcano para la córte de Rusia. A mayor abundamiento existia el llamamiento de la conscripcion de 1811, que, ejecutándose en virtud de un decreto del senado, era un acto público destinado á ser universalmente conocido el mismo dia en que se llevara á cabo. Con todo, Napoleon estaba resuelto á disimular estas operaciones hasta donde le fuera posible, y á no llegar á las declaraciones sino en el último extremo, queriendo siempre hallarse establecido sólidamente sobre el Vistula antes de que tuvieran tiempo de presentarse allí los rusos. Por consecuencia reguló el lenguaje de sus agentes para con el gabinete de San Petersburgo en esta forma.—Respecto de la guarnicion de Danzick, que iba á ser aumentada, se debia decir que un inmenso armamento inglés dirigido hácia el Sund y con tropas de desembarco, exigia que una ciudad como Danzick no se dejara expuesta á las empresas de la Gran Bretaña, añadiendo además que las tropas en marcha hácia esta ciudad eran alemanas, y que por tanto no debian inspirar recelo ninguno. Del propio modo habria que explicar las remesas de material que iban del Rhin al Vistula por los canales alemanes. En cuanto á los fusiles y cañones despachados á Sajonia, se debia alegar que, teniendo que recibir el monarca sajón algunas cantidades de Francia y careciendo de un material proporcionado á sus nuevos estados, se le pa-

gaba en productos de las manufacturas francesas, reputadas entonces como las primeras de Europa para la fabricacion de armas. Acerca de la conscripcion se debía manifestar que, no habiéndose sacado la que al año de 1810 correspondia, y absorbiendo muchos hombres la guerra de España, se llamaba ahora para esta guerra únicamente parte del cupo del año de 1811. Por último, cuando estuvieran agotadas todas estas explicaciones y acabaran por no tener valor alguno, Mr. de Caulaincourt estaba autorizado para declarar que efectivamente podia suceder que Francia se armase con doble idea, contra los ingleses y los españoles por un lado, y contra los rusos por otro; que sin duda á estos no se les queria hacer guerra, pero que se abrigaba mucha desconfianza respecto de sus intenciones; que se acababa de saber que llegaban tropas de Finlandia á Lituania, y se construian trincheras junto al Dwina y el Dnieper, y por consiguiente, si el gabinete de San Petersburgo queria saber la causa verdadera de los armamentos de Francia, debía buscarla en los armamentos de Rusia; que si pedia una explicacion aquel gabinete, se le reclamara oportunamente otra, pues, hablando con franqueza, se suponía que Rusia, segun sus preparativos, segun su conducta á propósito de los neutrales, pensaba terminar pronto la guerra de Turquía, y tras de obtener el precio de su alianza con Francia por la agregacion de Finlandia, Moldavia y Valaquia al imperio de los czares, celebrar la paz con Inglaterra y disfrutar así lo que hubiese adquirido, abandonando al aliado á quien se lo debía todo; que bajo esta hipótesis misma, no la peor imaginable, pues no era traicion, sino sola-

mente abandono, como que no se avanzaba hasta suponer que Rusia declarara la guerra á Francia, era menester no hacerse ilusiones teniendo Napoleón tomado su partido, y que la simple paz con la Gran Bretaña, sin añadir las hostilidades contra Francia, se consideraria como una declaracion de guerra y obligaria á empuñar al punto las armas.

Por tanto Mr. de Caulaincourt tenia ordenes para oponer pregunta á pregunta, queja á queja, y sobre todo á no precipitar nada, pues Napoleón queria ganar tiempo con el fin de poderse adelantar hacia el Vistula poco á poco, mientras Rusia se hallaba junto al Danubio retenida por el deseo y la esperanza de conseguir que las provincias danubianas fueran al cabo suyas.

Tales habian sido las providencias de Napoleón á los primeros signos de mala voluntad que descubrió por parte de la Rusia y que se atrajo él con sus propios actos, tratandola harto ligeramente á propósito del proyecto de matrimonio con la gran duquesa Ana; negándose á firmar la convencion relativa á Polonia (único punto sobre que tenia razón); ensanchando sus ocupaciones de territorio hacia el Báltico de una manera alarmante para los Estados del Norte; tratando, en fin, al duque de Oldemburgo con extraño olvido de los miramientos debidos á un cercano pariente del emperador Alejandro. Cualesquiera que fuesen las causas de esta situacion esta, los hechos eran irremediables, y queriendo Napoleón estar pronto en aptitud contra Rusia, no podia ya dedicar mas que á medias su atencion y recursos á España. Ya no habia que pensar en su presencia, que por sí sola valiera muchos batallones, y sus ejércitos, privados de él

en 1809 por la guerra de Austria, en 1810 por el matrimonio con María Luisa y las cosas de Holanda, iban á padecer igual privacion en 1811 por los preparativos de la guerra de Rusia. Tampoco habia ya que pensar, segun el estado de las cosas, en una fuerza suplementaria de sesenta ú ochenta mil hombres que fuera de súbito á abrumar á los ingleses en Torres-Vedras, pues se trataba de preparar rápidamente tres cuerpos de ejército entre el Rhin y el Vistula. No obstante, quedaba el empleo mas ó menos hábil de las fuerzas existentes en la Península. Ya Napoleon, con algunos cuadros sacados del Piamonte y de Nápoles, habia organizado una division de reserva para Cataluña, á fin de acelerar los sitios de Tortosa y de Tarragona. Con los reclutas, sacados de los depósitos y destinados á completar los ejércitos de Andalucía y de Portugal habia organizado otra division de reserva para enviarla á Castilla. No queria revocar ninguna de estas providencias, y con tales recursos, con el cuerpo del general Drouet, con el ejército de Andalucía, esperaba proporcionar al mariscal Massena auxilios bastantes para ponerle en situacion de que triunfara de los ingleses. Por consecuencia, completando, precisando mas, despues de haber oido al general Foy las órdenes que tenia ya dadas, prescribió al general Caffarelli que apresurara la marcha de la division preparada para Castilla; prescribió al general Thouvenot, que mandaba en Vizcaya; al general Dorsenne, que con la guardia se hallaba establecido en Burgos; al general Kellermann, que se extendia desde Valladolid á Leon con la division de Seras y algunos destacamentos, no retener ninguna de las tropas del gene-

ral Drouet y dejarle pasar con sus dos divisiones, sin hacerle perder un instante. A éste habia intimado que se diera cuanta prisa pudiese; que reuniera entre Ciudad-Rodrigo y Almeida todos los dragones que Massena habia dejado á su espalda, los soldados salidos de los hospitales, los viveres y las municiones que se debian haber preparado; que les agregara una por lo menos de sus dos divisiones, si no podia moverlas ambas, y marchara con estas fuerzas y un gran convoy en socorro del mariscal Massena, restableciera con él las comunicaciones á toda costa, no perdiendo, al restablecerlas, las suyas con Almeida y Ciudad-Rodrigo, y prestara en suma al ejército de Portugal todos los servicios que dependieran de él sin consentir que le cortaran por la parte de Castilla la Vieja, llamando al general Dorsenne, si necesitaba ser socorrido. A éste habia preceptuado Napoleon al mismo tiempo que ayudara al general Drouet, sobre todo si habia algun empeñado lance con los ingleses, bien que no dispersándose, no fatigando á la guardia, que en ciertas eventualidades podia ser llamada á retroceder camino hácia el Norte.

Sobre estas órdenes expedidas á Castilla la Vieja despachó Napoleon otras no menos terminantes para Andalucía. Al general Soult previno que enviara hácia el Tajo el quinto cuerpo, mandado por el mariscal Mortier y compuesto, segun suponía, de quince á veinte mil hombres, aunque para ejecutar estas instrucciones fuera menester debilitar el cuarto cuerpo, que guardaba el reino de Granada. De un pequeño tren de sitio se debia proveer el quinto cuerpo á fin de concurrir al ataque de Abrantes, atropellando á las miserables tro-

pas que, bajo las órdenes de Mendizabal, O'Donnell y otros, formaban una especie de ejército de observacion en torno de Badajoz, de Olivenza, de Elvas, y yendo seguidamente á toda prisa á ayudar al mariscal Massena á ocupar las dos orillas del Tajo. Además, estrechó á su hermano José para que se privase de las tropas que no le fueran indispensables y las enviara sobre Alcántara; aceleró la formacion de la division de reserva destinada á Cataluña para reforzar al mariscal Macdonald, que debía ayudar al general Suchet en la ejecucion de los sitios de Tortosa y de Tarragona; recomendó al general Suchet que apresurase estos asedios con el fin de que pudiera marchar más pronto contra Valencia, y apoyar despues al mariscal Soult hácia Portugal en sus operaciones; y por último ordenó al almirante Ganteaume que estuviera pronto á embarcar á bordo de diez y ocho navios algunos miles de hombres que se hallaban en Tolon juntos. Con esta especie de reflujó de todas las fuerzas de la Península sobre el Tajo, se lisonjeaba de proporcionar á la vez un socorro material y moral á Massena, pues hácia que se inculcaba á todos los que debían dar auxilio al ejército de Portugal que nada de la Península igualaba en importancia á lo que acontecia entre Santarem y Lisboa, como que de ello dependia quizá hasta la suerte de toda Europa.

Adoptadas por Napoleon estas providencias, y despues de haber otorgado al general Foy las recompensas que merecian sus servicios, confiriéndole el grado de general de division y el descanso de que necesitaba á causa de su herida, le hizo volver á partir á Portugal con el fin de entregar al

mariscal Massena instrucciones, aunque ya despachadas por conducto de muchos oficiales. En ellas Napoleon anunciaba á este mariscal todos los socorros que le estaban destinados, todas las órdenes expedidas tanto al general Drouet como al mariscal Soult para que llevasen la concurrencia de sus fuerzas junto al Tajo; le recomendaba asegurarse de las dos márgenes de este rio, á fin de poder maniobrar sobre la una y sobre la otra; echar un puente, sino dos, segun se habia ejecutado en Viena para no verse expuesto á perder sus comunicaciones, y prepararlo todo en suma para la agregacion del quinto cuerpo, y, ya unido con el mariscal Mortier y el general Drouet, atacar al frente de ochenta mil hombres las lineas inglesas, y, si no podia ganarlas, permanecer por lo menos delante de ellas, estar allí lo mas posible, apurar á los ingleses, reducir al hambre á la poblacion de Lisboa y multiplicar, en fin, para el enemigo las pérdidas de hombres y de dinero, pues, mientras esta situacion durara, la ansiedad en que se tenia al gobierno y al pueblo de la Gran Bretaña habia de producir tarde ó temprano, y más con el aditamento de los sufrimientos mercantiles, una revolucion en la politica de Inglaterra, y por consiguiente la paz general, objeto en aquel instante de todos los esfuerzos de la politica francesa.

Mientras se consumaban en el Norte los sucesos cuya relacion acaba de leerse, el mariscal Massena, pasando el invierno de 1810 á 1811 á las orillas del Tajo, entre Santarem y Punhete, haciendo los mayores esfuerzos por alimentar allí sus tropas y preparar el paso del rio, no habia recibido desde la partida del general Foy ninguna noticia

de Francia. De consiguiente, se hallaba en aquel punto, cerca habia de cinco meses, sin comunicacion de su gobierno, sin socorros, sin instrucciones, y desplegando toda la fuerza de su carácter para sostener la moral de su ejército, no entre los soldados que habian tomado alegremente su situacion extraña, sino entre los gefes, que estaban descontentos, desunidos, unos humillados de no mandar, otros disgustados de una campaña, donde no habia proeza que llevar á cabo, y si que acreditar mucha paciencia y resignacion grande.

Los soldados se habian creado costumbres singulares, que revelaban la indole flexible y enérgica de nuestra nacion. Careciendo de trigo, se habian habituado á vivir de maiz, de legumbres, de pescado salado, cual si hubieran nacido en las latitudes mas meridionales de Europa. De este régimen, tan nuevo para ellos, les resarcia el carnero, la vaca, el vino, que todavia no les faltaba; mas solo conseguian proporcionarse estos alimentos á costa de las mayores fatigas, y á menudo estaban obligados á irlos á buscar á tres ó cuatro jornadas del campamento, sobre todo, luego de agotar los alrededores. A esto iban en partidas á las órdenes de sus oficiales, y despojaban las haciendas, registraban los bosques, donde hallaban á veces á los paisanos escondidos con sus rebaños, y como en campos atrincherados, trababan con ellos la lucha cuando no podian obrar de otro modo, y despues de haber vivido bien durante la travesia, traian fielmente el botín con que debian vivir las tropas. En tal existencia habia una mezcla de buena y de mala fortuna, de combates, de aventuras extrañas, que agradaban á su imaginacion atrevida. Nadie puede ne-

gar que se cometieron muchos excesos en este despojo continuo del pais, que habia venido á ser su único medio de subsistencia, y á nadie puede causar maravilla. Solo es licito afirmar, por testimonio del general inglés mismo, que los franceses, siempre humanos, trataban á los portugueses, sus enemigos, mucho mejor que los ingleses, sus aliados. Ordenes del dia las mas enérgicas habia publicado el mariscal Massena para reducir al menor estrago posible aquel modo de alimentar la guerra con la guerra. ¿Y qué podia hacer cuando su gobierno le habia puesto en situacion de serle imposible mantener su ejército de otro modo? Además, conviene añadir que estos soldados, á pesar de tan largas excursiones para alimentarse ellos y alimentar á sus camaradas, volvian casi todos al campamento, y que, despues de muchos meses de semejante linage de vida, apenas faltaban algunos centenares de ellos; ejemplo bien raro, pues hay muy pocos ejércitos europeos que no se hubieran desbandado del todo de resultas de tan rudas pruebas. Sin embargo, se habian formado algunas tropas de merodeadores alemanes, ingleses, franceses (estos últimos en número escaso) que, graneciéndose en las aldeas abandonadas y dando allí toda nacionalidad y todo deber al olvido, vivian en el seno de una verdadera abundancia que se habian proporcionado con su culpable industria. Lo mas singular es que los franceses, siendo los menos numerosos de estas bandas, diéronlas gefe en un sargento diestro y tunante, que se puso á su frente y logró que le prestaran obediencia. Sin concertarse los dos generales en gefe, francés é inglés, coincidieron en el designio de hacer la guer-

ra á estos merodeadores, y los fusilaban implacablemente cuando les llegaban á echar mano.

Massena quiso que con el producto del merodeo regularizado se proporcionara cada cuerpo una reserva de galleta para diez ó doce dias, con el fin de poder subsistir si habia que concentrarse de pronto, ya para atacar al enemigo, ya para resistirle. Disgustados los cuerpos de la administracion general, á quien echaban muy injustamente la culpa de sus padecimientos, excluyéronla de toda participacion en su subsistencia, y se crearon efectivamente sus almacenes particulares con un verdadero egoismo por el cual nadie pensaba mas que en si propio. No pudiendo así la vista del general en jefe penetrar en sus cosas, se llegó á hacer imposible averiguar lo que poseian respectivamente, obligarles á que se ayudaran unos á otros, y sobre todo abastecer los hospitales que á menudo carecian de lo necesario. Cuerpo habia, como el de Reynier por ejemplo, que situado en las estériles cumbres de Santarem, obligado á mantener muchos hombres sobre las armas, por la proximidad del enemigo, y no pudiendo enviar mas que muy pocos al merodeo, estaba frecuentemente reducido á la mas extremada penuria, y se quejaba con vehemencia de su estado. Al principio, con el fin de igualar los padeceres se convino en que fuera Ney con el sexto cuerpo, á relevarle; despues éste, en el momento de cumplir su palabra, imaginó mil pretextos para excusarse, y limitose á enviar algunos quintales de granos á sus camaradas del segundo cuerpo. Con todo, le proporcionaron el pan y la carne, de que iba á carecer del todo, distintos hallazgos felices en las cercanias de Santarem y en

Santarem mismo, dentro de las casas abandonadas, y algunos audaces descensos á las islas del Tajo. En suma hasta el presente no se habia aun hecho sentir el hambre, y mucho mas se padecia bajo el aspecto del vestido. Destrozados estaban tanto el traje como el calzado; pero aun bajo este aspecto no faltó á los soldados industria. Con cueros cogidos aqui y alli se remendaron los zapatos, y los que carecian de ellos se arreglaron abarcas al modo que los montañeses de todos los paises las usan de la piel de los animales que les dan alimento. Con paño de todos los colores se compusieron los vestidos, y rotos ó extravagantemente remendados, atestiguan su noble miseria, sin quitar nada á su marcial porte.

Solo eran dignos de lástima los oficiales, pues nada habia que se igualara con sus escaseces. No teniendo para alimentarse mas que lo que debian al afecto de los soldados; no pudiendo como estos remendarse con sus propias manos el vestido, ni ponerse en los pies abarcas, hallábanse reducidos á pagar precios enormes por el mas mínimo servicio á los muy pocos operarios que habian quedado en Santarem y en algunas aldeas circunvecinas. Hasta cincuenta francos costaba la remonta de un par de botas, y para atender á estos gastos no habia ni el recurso del sueldo, atrasado ya en muchos meses. Así sufrían á la vez por la necesidad y la humillacion de su estado; con todo, les sostenia el sentimiento del deber, como el buen humor y el espíritu de aventuras sostenian á la masa de los soldados. Habiéndoles persuadido Massena de que estaban junto al Tajo para un grande objeto, de que muy pronto serian socorridos por fuerzas con-

siderables, de que entonces podrían precipitar al mar á los ingleses, y de que entretanto era necesario ver de pasar el río, ya para recoger las riquezas del Alentejo, ya con el fin de preparar las operaciones futuras, les absorbía completamente este paso del Tajo, sobre lo cual disertaban sin tasa. ¿Se podría echar el puente, se encontrarían los materiales, se lograría emplearlos despues de poder reunirlos, y en todo caso, valdria la pena de ser tentada esta operacion azarosa? ¿Seria prudente, despues de efectuada, estar divididos en las dos márgenes del Tajo, ó valdria mas, ya echado el puente, aguardar á que un cuerpo francés viniera de Andalucía á dar la mano al ejército de Portugal? Tales eran las cuestiones que agitaban todos en diversos sentidos, y con la audacia de raciocinio peculiar de los ejércitos franceses, acostumbrados á discutir sobre todas las resoluciones que no ocupan mas que á los estados mayores en otros puntos.

La creacion del tren de puente sin útiles, sin madera, casi sin operarios, era el primer problema que el general Eblé se habia lanzado á resolver con una perseverancia y una fecundidad de talento dignas de ser admiradas. Como se ha visto, hubo de disponer que le fabricaran azadones, hachas, sierras, y despues de proporcionarse estas herramientas indispensables, hubo de enviar á que se derribaran árboles á un bosque no lejano del campamento, los cuales, ya cortados, se fijaban por un extremo en la parte delantera de la cureña de los cañones, y arrastrando el otro por tierra, eran así conducidos á orillas del Tajo, por los caballos de la artillería, ya fatigados, desherra-

dos y mal alimentados; y hubo de hacer que aquellos troncos se serraran en tablas y que, arqueadas estas, fueran formando barcas capaces de sostener el tablero del puente. Por fortuna se hallaron algunos serradores portugueses, con cuya ayuda se pudo dar prisa á la aserradura de las maderas. Un préstamo de algunos miles de francos hecho, segun se ha visto, por los oficiales superiores y por los empleados del ejército, permitió pagar á estos operarios, pues desde la entrada en Portugal no se percibió la mas leve suma, ni allí se encontró una sola moneda, á causa del cuidado que pusieron los habitantes en llevarse consigo ante todo cuanto poseian en dinero. Por lo que hace á los operarios sacados del ejército, costó mucho determinarles á este trabajo, no habiendo manera de darles jornal, y no pudiendo el jornal proporcionarles tampoco ningun goce en un pais desierto. Alimentarlos bien era el único medio de retenerlos, y el general Eblé, aun prestándole Massena la ayuda de su autoridad, no lograba sino muy difícilmente que las divisiones próximas á los talleres alimentaran á algunos centenares de soldados que trabajaban para todos. Por dicha el excelente general Loisson, desviviéndose por el bien del ejército de continuo, costárale lo que le costara, aplicóse lo mejor que pudo á abastecer los talleres de los viveres necesarios. Merced á estos inauditos esfuerzos de inteligencia y de voluntad, el general Eblé adelantaba en su tarea, bien que resultara el inconveniente de la ruina de los caballos de artillería y de los bagajes. No habia granos que darles, y el forrage se limitaba á un poco de verde, pues en Portugal no se hallaba por el invierno; pero este alimento no

les daba gran fuerza, y así es que morían muchos. Ya el tren de artillería se había disminuido en cien carros y más, e iba á ser preciso reducir cada división á menos de dos piezas de artillería por cada mil hombres, proporcion la más restricta que puede admitirse. Sin embargo, este mal producía una ventaja, aunque á la verdad harto triste, la de inutilizar cierta porción de cartuchos de cañon que se convirtieron en cartuchos de fusil para suplir los que el merodeo consumía de cotidiano.

Aun quedaba por vencer la última dificultad para reunir los materiales del tren de puente, y era proporcionarse cuerdas y medios de atraque, como anclas, ganchos, etc. Por un postrer milagro de industria, el general Eblé logró tener cordage, ya usando cáñamo, ya cuerdas viejas que en Santarem fueron halladas. También á falta de anclas hizo forjar ganchos, capaces de morder en el fondo del río, y si conseguía botar las barcas al agua y colocarlas delante del enemigo, casi estaba ya en proporción de fijarlas en ambas riberas.

Mas ¿se podría echar el puente á la vista de los contrarios? Cuestión grave era esta que preocupaba á la sazón los ánimos de todos.

Trasladado fué, según se ha dicho, el taller de construcción desde Santarem junto al Tajo á Punhete junto al Zezere, y ocupáronse además entrambas márgenes de este río con sólidos puentes de caballetes. Allí se estaba á alguna distancia del desemboque del Zezere en el Tajo, teniendo á la izquierda, y muy cerca á Abrantes, á donde lord Wellington había enviado todo el cuerpo del general Hill, y á la derecha, bien que mucho más abajo, á Santarem, á donde el mismo lord Welling-

ton había llevado sus avanzadas. Para echar el puente se necesitaba ante todo llevar las barcas del Zezere al Tajo, lo cual era fácil, pues no había más que abandonarlas á la corriente; más, después de llevarlas al Tajo, se necesitaba hacerlas remontar su curso para tratar de pasar al otro lado cerca de Abrantes, ó bien hacerlas seguir al hilo de las aguas para tratar de que cerca de Santarem fuera el paso. Si se hacían subir las barcas hasta las inmediaciones de Abrantes, se lograba la ventaja de encontrar el Tajo más encajonado por aquel punto y menos caudaloso por no haber aún recibido al Zezere, pero se tenían delante enemigos numerosos y bien situados, no pudiéndose operar contra ellos sino con parte de las fuerzas, pues el cuerpo del general Reynier tenía que permanecer en su campo de Santarem para hacer cara al grueso del ejército de los ingleses, si se lanzaban fuera de sus líneas con el fin de atacar las nuestras. Por el contrario, si se quería bajar hasta Santarem, como había manera de hacerlo, pues no era absolutamente imposible llevar allí las barcas sin que fueran destruidas, se obtenía la ventaja de operar con todo el ejército reunido, más se hallaba el Tajo de muy desmesurada anchura, y alternativamente angostándose ó ensanchándose de modo que no se sabía donde echar el puente ni cómo se harían practicables las avenidas. Se equilibraban, pues, las razones para decidirse por la una operación ó la otra. Cerca de Abrantes era más fácil de echar el puente, pero había que maniobrar con el ejército dividido: cerca de Santarem se concentraban muy bastante las tropas con el fin de defender nuestras líneas y de proteger el paso, pero el río

era de una anchura y una desigualdad tales, que no permitian abarcar sus dos márgenes harto extendidas. Por último, tras de cualquier partido que se adoptara, y aun saliendo perfectamente, ¿no había que dividirse en las dos orillas del río, y que temer, si solo se dejaba á la izquierda un destacamento poco numeroso, que el puente sustentado con debilidad fuera destruido, y que, si por el contrario, se dejaba un cuerpo bastante, se le expusiera á perecer por un accidente como el que en Essling había ocurrido? Tales eran las diversas eventualidades que discutian los soldados con rara inteligencia y con prodigiosa sangre fría, pues no se echaba de ver el menor trastorno moral en las tropas. Por supuesto que cada cual resolvía la dificultad á su manera. Y la misma cuestion existía en los estados mayores. Reynier, que se hallaba mal situado y queria mudar de puesto, sustentaba que el paso del río era tan urgente como practicable, y aun se comprometía, mientras se ejecutara, á escarmentar á los ingleses, si les daba gana de atacar la posición de Santarem; pero el mariscal Ney, sobre quien pesaba la responsabilidad del paso, por estar situado detrás hácia el Zézere, y porque su posición, su energía y el recuerdo de Essling le designaban para esta operacion atrevida, sin negarse á echar el puente, parecía como que dudaba del éxito con el material de que se disponía y en presencia de un enemigo tan avisado como lord Wellington; y aun despues de ejecutado el paso, no respondía de ningun modo de las resultas que pudiera traer la rotura del puente. En cuanto á Junot, variable como el viento, tan pronto argumentaba en un sentido como en otro, con

Reynier opinaba por el paso del río, cuando estaba cerca de Ney lo consideraba imposible, y no podía ser útil sino en el instante de romperse el fuego.

Estas divergencias de pareceres no hubieran producido inconvenientes graves, á no ser por las expresiones amargas que se usaban respecto del general en jefe, como si fuera responsable de la extraña situacion en que se encontraban junto al Tajo y no figurara cual la primera víctima de una voluntad inflexible, que adoptaba resoluciones lejos del terreno y de los sucesos, y con absoluto olvido de la realidad de las cosas. No se cesaba en cada cuartel general de usar un lenguaje sobremano destituido de fundamento contra Massena, y de dar un peligroso ejemplo, el de la indisciplina de los espíritus, que en los ejércitos es la mas funesta de todas, pues, destruyendo la unidad de pensamiento y de voluntad, imposibilita la unidad de accion. Hasta Reynier, agriado por los padecimientos de sus tropas, se comenzaba á quejar y á no tener el juicioso comportamiento que antes. Junot, segun su costumbre, explicandose como Ney en Thomar, como Reynier en Santarem, y no atreviéndose, vuelto al cuartel general, á llevar la contraria delante de Massena, á quien tenia poca estima, no se extraviaba, sin embargo, hasta el punto de faltarle al respeto exterior debido. Reynier acreditaba tambien este respeto en cierto modo. Al revés Ney había convertido su cuartel general de Thomar en un centro donde se reunian los descontentos de todo el ejército y donde en público se pronunciaban las frases mas inconvenientes. Los miembros de la administracion, á quienes la des-